

La “política del amor” en la izquierda del capital

JORGE GANTIVA SILVA

Filósofo
Universidad Nacional
de Colombia
Profesor Titular
Universidad del Tolima

La banalización de la “política del amor”

El alcalde electo de Bogotá, Gustavo Petro, después de una campaña centrada en lo “políticamente correcto”, radicalmente distanciado del imaginario y del proyecto de la izquierda, ha prometido una “política de amor” para la ciudad y ha presentado una estrategia de poder que el “progresismo” aspira conseguir mediante una particular característica: congraciarse con el gran capital y las lógicas del establecimiento. Su línea de “reconciliación” proviene de un viejo recetario que las élites gobernantes en América Latina y, en particular en Colombia, promueven para incorporar a la izquierda al mundo del capital. Sus formas y maniobras han sido diversas: una de ellas combina el mundo pagano y el cristianismo como forma de dominación. La “política del amor” constituye también una estrategia, por supuesto, no de *amor* como afecto, como relación de alegría, como potencia creadora o como liberación de la subjetividad, sino como un bien acomodado eslogan del



Feminicidio. Cruces en Lomas del Poleo (Ciudad Juárez, México) en el lugar donde fueron encontrados 8 cuerpos de mujeres en 1996. Tomado de: <http://es.wikipedia.org/wiki/Feminicidio>

tradicional transformismo que acentúa la defección de la izquierda hacia la derecha y hacia el centro, bajo la imposición del capitalismo realmente existente y la capitulación ante el neoliberalismo y la ensoñación del imperio y del gobierno de Juan Manuel Santos.

La línea de la “reconciliación” ha sido el dispositivo disgregador/integrador que el régimen demopolicial colombiano utiliza para subsumir a la izquierda y a la oposición en un estado de permanente de desarticulación. A las ya archiconocidas políticas de exterminio y de terror aplicadas a lo largo de un siglo de dominación -disgregación y eliminación-, se suma hábilmente la estrategia de la cooptación e integración al sistema. Este es un régimen que sólo soporta su propio rostro y, a lo sumo, admite su imagen invertida en Narciso arrepentido. En la historia de la emancipación, el establecimiento desespera ante la autonomía, resistencia y utopía de repensar otro mundo posible, otra sociedad, otras relaciones de saber y poder, otra visión de la administración de las cosas y de la población. La “política del amor” en los límites del capital es una forma discursiva para domeñar la corporeidad y la potencia creadora a la lógica del gran capital. Su sueño es animar una supuesta paz entre el trabajo y el capital, entre las comunidades y las transnacionales, entre el “doctor ternura” de la guerra y la voluntad de paz democrática, entre el poder imperial y la “parte sin parte” de la ciudad, de los territorios y de la comunidades de Colombia. La estrategia, por supuesto, no es nueva. La han aplicado sistemáticamente a través de diversas modalidades -que involucran la cooptación y el transfuguismo de algunos sectores de izquierda cansados, derrotados o

El amor es un poderoso afecto de los seres humanos, asociado a la potencia, a la alegría y la emancipación si despliega su fuerza contra el odio a la democracia, al cual recurren los grupos gobernantes, si lucha contra la explotación y la precarización de la vida y del trabajo, si enfrenta el capital -ese monstruo que destruye toda posibilidad de amor-.

descompuestos- para integrarlos al sistema de dominación al que alguna vez dijeron oponerse y a la sociedad capitalista por cuyo cambio lucharon.

Desde la fundación del Polo Democrático Alternativo, PDA, esta política ha sido una constante de las élites, las cuales no han dejado de usarla para destruir los proyectos de la izquierda democrática, sin desconocer, por supuesto, los graves errores y limitaciones de ésta. En una sociedad tan desigual y violenta como la colombiana, la búsqueda de la "solución política al conflicto" toma en particular un ribete de aceptación y compromiso ante la necesidad de encontrar salidas a la compleja crisis de la sociedad. La multiplicidad de este conflicto tiene un nombre: la búsqueda de una alternativa al bloque de poder, siendo la izquierda justamente una de las protagonistas en la lucha por ser "arte y parte" en la superación/deconstrucción del sistema que concentra el litigio en cuestión.


La lógica del capital se empeña en desbaratar su posibilidad, su proyección histórica, su "razón de ser". Las derechas en Colombia han insistido en la inaceptabilidad e inviabilidad de la izquierda antisistema como proyecto político alternativo. Cuando la izquierda democrática alcanzó el más significativo resultado electoral con Carlos Gaviria, el establecimiento desató un sistemático ataque de destrucción. Su incomodidad lo transformó en una política de persecución, "interceptaciones telefónicas", *macartizaciones* y transfuguismo. Ahora, la lucha se centra en definir la "naturaleza" de su proyecto histórico: si mantiene una postura antisistema, si lucha contra el gran capital, si guarda su independencia y lucha por la construcción de otra sociedad, o si se torna en una "correa de transmisión" del capitalismo, del gobierno nacional, y se convierte en una fuerza funcional y cómplice del tiempo presente.

La vieja “nueva izquierda” del capital

Los neoliberales inventaron muchas leyendas cómicas, como aquella que declaraba la desaparición de los límites entre la izquierda y de derecha. Mediante sus cantos de sirenas buscaron desarmar a sus adversarios ideológicos y políticos y propiciar una desbandada de sus fuerzas y movimientos. Sistemáticamente utilizaron distintos medios, sin desestimar la violencia, la eliminación física, la persecución, la desaparición, el genocidio o el “estado de guerra permanente”. Su grado de “tolerancia” alcanza a lo sumo la aceptación de la “izquierda” admitida al capital, una suerte de socialdemocracia neoliberal que desprecia el significado de las luchas sociales, el valor de la resistencia contra el imperio, el alcance de la utopía y el sentido de las alternativas al capitalismo. Su aceptación del “centro izquierda” busca inhabilitar todo proyecto de izquierda anticapitalista, antisistema, social e internacionalista que confronte el capitalismo transnacional, las oligarquías dominantes y el régimen demofascista. Pese a los múltiples fracasos vividos en el mundo y en Colombia, se busca cerrar el paso y el espacio a las fuerzas sociales y políticas que confrontan el poder establecido. La izquierda del capital como parte del mismo sistema es una forma de la dominación imperante.

En *Le Monde Diplomatique* (2011), Serge Halimi sostiene a la luz de la experiencia catastrófica del centro izquierda en Europa que *“La izquierda reformista se distingue de los conservadores mientras dura la campaña por un efecto óptico. Luego, cuando se da la ocasión, se esfuerza por gobernar como sus adversarios para no perturbar el orden económico, para proteger la platería del castillo”*. Este es el drama del “progresismo” que busca instalarse en el establecimiento y hace todos los esfuerzos para integrarse y ser reconocido por los señores del gran capital. La denominada “nueva izquierda” no es sino un remoquete para descalificar la izquierda social, libertaria, anticapitalista que lucha contra el sistema. Como dice Marcos Roitmann en *La Jornada* (27.03.2011):

“Para la nueva izquierda institucional y la socialdemocracia, el capitalismo debe redefinirse como un sistema político destinado a generalizar los beneficios de la economía de mercado. Con ello, lo importante es consumir, no importa qué, cómo y cuándo...No hay por donde equivocarse, gracias



**Todo acto de amor
es una lucha,
una ruptura de
lo existente, una
expresión de una
nueva realidad.
Una política del
amor puede ser
entendida -sólo así-
como producción
de comunidad, de
lo común, de la
alegría de ser.**

a la izquierda institucional y la socialdemocracia, el capitalismo se reinventa y queda absuelto de ser un orden de violencia, deshumanizante, asentado en la desigualdad, la explotación y la injusticia social. Por consiguiente, es mejor llamar las cosas por su nombre y quitarle la máscara a esta nueva izquierda y sus aliados socialdemócratas. Es más apropiado llamarla *izquierda del capitalismo*, concepto apegado a sus prácticas y claudicaciones estratégicas de lucha anticapitalista. Por este motivo, démosle la bienvenida, poniendo al descubierto sus espurios intereses que consisten en mantener inalteradas las estructuras de explotación inherentes al modo de producción capitalista”.

La izquierda del capital está obsesionada por la financiarización de la economía, la privatización de la tierra y del suelo, la segregación de la ciudad, la perpetuidad de ciudades de bienestar y guetos de exclusión y miseria social. La pretensión de querer asociar este transformismo y transfuguismo con la idea de una nueva izquierda es un remedo de lo que ya históricamente hizo aguas en la vieja Europa y ha terminado en un rotundo fracaso. La “nueva izquierda” es la vieja estrategia de reconciliarse con el gran capital, como hizo Lula en Brasil, y en modo alguno compromete la *idea* de justicia, igualdad y democracia que propugna la izquierda antisistema y anticapitalista en el mundo.

La política del amor contra el capital

El amor es un poderoso afecto de los seres humanos, asociado a la potencia, a la alegría y la emancipación si despliega su fuerza contra el odio a la democracia, al cual recurren los grupos gobernantes, si lucha contra la explotación y la precarización de la vida y del trabajo, si enfrenta el capital -ese monstruo que destruye toda posibilidad de amor-. El amor del capital es alienación, consumismo y sumisión. La política del amor contra el capital se orienta a la generación

de la mayor fuerza creadora de las comunidades, a la autoafirmación de la subjetividad colectiva, a la potencia de la "parte sin-parte", a los de abajo, a los sin voz, a los desterrados, no como política de compasión, porque es la forma más vil de amar, sino como solidaridad, como multitud de creación de lo común. El amor, a riesgo de parecer ridículos, decía el Che, es una fuerza revolucionaria; representa un modo constitutivo del ser, una forma de la condición ontológica, vivencial y vital de la existencia humana. En este sentido, todo acto de amor es una lucha, una ruptura de lo existente, una expresión de una nueva realidad. Una política del amor puede ser entendida -sólo así- como producción de comunidad, de lo común, de la alegría de ser. La clave radica en la capacidad de producir subjetividad. Amor no es reconciliación, ni simulación, ni sumisión, sino es una lucha titánica, cósmica -dice Zizek- de seres enfrentados en el espacio sideral para producir un sentido, una forma de ser.

Tal vez la "política del amor" del alcalde electo, Gustavo Petro, siguiendo los postulados del centro izquierda, solo inaugurará un nuevo capítulo del "pacto de sangre" entre la izquierda del capital y el establecimiento. La ciudad capital tendrá un nuevo gobernante del Palacio de Liévano, un político del amor del capital, y no un creador de la potencia colectiva, de la autoorganización ciudadana, social y popular. Al decir de Negri y Hardt: *"En tanto que motor de asociación, el amor es la potencia del común en un doble sentido: tanto la potencia que el común ejerce como la potencia de constituir el común"*.



Campaña contra la violencia verbal
Tomado de: <http://www.creativeadawards.com/verbal-abuse/>